

Identities anegadas: Jonás, Guzmán y Sayavedra

JUAN DIEGO VILA

Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso»

«Ví la noche mezclarse con el día,
las arenas del hondo mar alzarse,
a la región del aire, entonces fría»
Cervantes, *Viaje del Parnaso*, II, 331-333.

I

Con el preciso recuerdo de que «la mar andaba entonces por el cielo, abriéndose a partes hasta descubrir del suelo las arenas»¹ el azorado lector asiste a una doble tempestad. Aquella que en términos pictóricos Alemán recrea y el cataclismo hermenéutico en el cual se complace en sumir a su público pues tal como nos lo recuerda nuestro galeote escritor, lo inefable es el parangón justo de cuanto allí parece haber ocurrido: «¿Qué pudiera yo aquí decir de lo que ví en este tiempo? ¿Qué oyeron mis oídos, que no sé si se podría decir con la lengua o ser creído de los estraños?»².

En esa noche oscura las fracturas de la embarcación y los riesgos que padece de anegarse resultan concomitantes de aquello que sucede con las garantías y protocolos de lectura que la novela venía ofreciendo. Nada de lo que hasta entonces podía intuirse como principios constructivos de la narración resulta respetado y una iridiscencia escandalosa de duplicaciones, espejamientos, rechazos y geminaciones, totales o parciales,

1. Alemán, Mateo (1987), Segunda Parte, II, 9, p. 305. El *Guzmán* se cita siempre por esta edición indicando la parte, el libro, el capítulo y la página.

2. Segunda Parte, II, 9, p. 307.

parece confundir aún más la cabal intelección de cuanto allí se escenifica. Al punto que ese abismo que la naturaleza airada nos lega se constituye como la cifra más auténtica del escándalo ontológico que la poética historia emprendió: el deseado relato del cambio en una vida, la escenificación ¿imposible? de la conversión de una identidad³.

II

En medio del mar Guzmán asiste al descalabro último de sus ensoñaciones de religación identitaria. Puesto que la afiliación parental o fraterna, tanto la soñada como la fingida para los embustes, habrá de colapsar en esa travesía⁴.

No en vano todo podría cifrarse, en el nivel de los objetos, en las dos cadenas que en Milán había adquirido antes de marcharse a Génova, aquella evidentemente falsa, «la cosa más bella que jamás vieron»⁵ sus ojos, y la restante que acuerda hacer «de oro fino de la misma hechura y traza»⁶ en un platero para un ardid cuya traza no devela. Cadenillas que se duplicarán en sendos «cofrecitos pequeños»⁷ y que terminarán duplicándose en los «cuatro baúles»⁸ del engaño a don Beltrán. Y ello cuenta porque el tramado de las joyas sugiere, formalmente, las condiciones de pertenencia a un todo –ser como el eslabón precedente y fungir de modelo al subsiguiente, casi como una relación parental, aquello que específicamente Guzmán había procurado en Génova–, y porque el juego de duplicaciones instauro el dilema –desde la dimensión de los objetos– no sólo del problema de la sustancia de cada ser, su identidad, sino también, y muy particularmente, el dilema de si esta alteración del en sí de las cosas es predicable, también, de las personas, en otras palabras, la conversión.

¿Qué es lo que narra, en el plano del significado, esta secuencia de la fábula en que Guzmán no es Guzmán, en que el protagonista reniega de su nombre y condiciones preexistentes fingiendo ser otro, en que el alter ego del pícaro, malogrado discípulo, se funde, inimaginablemente, en el ser dejado vacante por el mentor?

III

El laberinto identitario que, barrocammente, se ha levantado con nombres usurpados, pasados abjurados e historias fingidas –signo de un mundo en que la nostalgia por la correspondencia perfecta de lenguaje y cosas comienza a vislumbrarse– encuentra su crisol último en la equívoca evaluación que el narrador protagonista refiere haber realizado, en más de una oportunidad, cuando las inclemencias vividas en alta mar alientan los peores temores: «Harto decía yo entre mí, cuando pasaban estas cosas, que por mí solo padecían los más, que yo era el Jonás de aquella tormenta»⁹. Todo, en el texto, induce a

3. Resulta inexcusable, por la profundidad, claridad y certeza de sus apreciaciones, el artículo de balance crítico que propuso Michel Cavillac (1993).

4. Para la problemática de la paternidad y la afiliación en la novela picaresca en general, y en el *Guzmán* en particular, consúltese, Cavillac (1988).

5. Segunda Parte, II, 6, p. 257.

6. Segunda Parte, II, 6, p. 257.

7. Segunda Parte, II, 6, p. 258.

8. Segunda Parte, II, 8, p. 292.

9. Segunda Parte, II, 9, p. 307.

pensar que se está ante un símil o comparación bíblica¹⁰ cuyo valor, para la producción de sentido, el sano criterio indicaría limitar habida cuenta de que son muy numerosos los casos en que este tipo de menciones pueden concebirse como una característica más del típico ornato retórico que se constata en la historia.

Aunque no debería desatenderse la alternativa de que, en consonancia con las mismas limitaciones lógicas que para la expresión de lo acaecido el narrador ya ha ponderado, se recurra, simbólicamente, al potencial enunciativo de un mitema bíblico para predicar aquello que –respetando la misma distinción de públicos entre «extraños» y protagonistas– sólo sería lícito afirmar para los iniciados, aquellos que, como Guzmán, saben de zozobras y anegamientos identitarios.

Y esta hipótesis adquiere aún más valor puesto que la figura de Jonás, en la coordenada bíblica, anuncia en un pasado la resurrección a una nueva vida y ello alienta la hipótesis de lectura de que, no casualmente, la tan controvertida conversión de Guzmán –muerte y resurrección simbólica a los valores de la ortodoxia cristiana– también ocurra, como en esta ocasión, en alta mar¹¹.

¿Es arriesgado postular que el valor de esta secuencia, donde todo parece confundirse y entrelazarse sin mayores lógicas, depende inequívocamente del carácter de *mise en abyme* del relato en su totalidad? ¿Cuáles son, en síntesis, los alcances y valores de las constelaciones de sentido que se liberan cuando Guzmán se piensa como el Jonás de aquella luctuosa tempestad?

IV

Fruto de la duplicación narrativa de Sayavedra en el pícaro, es el detalle de que la novela alienta la hipótesis de que el verdadero Jonás no es, por cierto, Guzmán quien por lo vivido en Génova parece emplazado en las antípodas de la paradójica heroicidad de aquel que supo animarse a desoír un primer mandato divino.

Circunstancia ante la cual es menester tener presente que la complejidad de tal confronte también pende del hecho de que Jonás es un converso. De donde el dilema de la encrucijada lectora ante remisiones que, indistintamente, ligan a los partícipes del engaño genovés tanto al primer Jonás, aquel que desoye el deber misionero de Israel con las naciones restantes, cuanto al converso que tras ser vomitado por la ballena se aviene, sin mayores condiciones, a predicar la palabra divina a los extranjeros.

Y no ignoremos, por cierto, el que el contexto de burlas y contra-burlas apuntala una visión bufa de aquello que, por la propia entidad del precedente convocado, debería percibirse desde un registro diverso.

10. Un precedente habitualmente ignorado para esta secuencia a la luz de las genéticas que se propugnan desde la periodización literaria del género picaresco –eje cuyo tensado, para muchos, debería reducirse a la obra apertural (el *Lazarillo*), la medial (el *Guzmán*) y la conclusiva (el *Buscón*)– es, efectivamente, la poco frecuentada continuación antuerpiense de la *Segunda Parte del Lazarillo*. Para un estudio de esta relación el más reciente análisis de Cavillac (2005).

11. De los múltiples estudios que se han consagrado a la problemática de la conversión, no debe desatenderse el trabajo de Norval (1974) por cuanto, si bien no se comparten sus conclusiones, al igual que la tesis básica de aquello que se procura demostrar, no puede ignorarse que realiza un pormenorizado seguimiento textual de la reelaboración del mitema bíblico de Jonás en el texto de Alemán.

Ilustrativo es lo que ocurre con Sayavedra en tanto encarnación casi perfecta del tipo elevado del profeta. Puesto que si éste es aquel que, interiormente, hierve y este calor lo posiciona en una dimensión de sabiduría extática, bien podríamos apreciar que Guzmán precisa que «Sayavedra se mareó de manera que le dio una gran calentura y brevemente le saltó en modorra»¹².

Tal indicador de la condición otra del compañero de viaje y delitos de Guzmán también se ve apuntalada en la misma secuencia por la aclaración de que:

Era lástima verle las cosas que hacía y disparates que hablaba, y tanto que a veces en medio de la borrasca y en el mayor aflicto, cuando confesaban los otros los pecados a voces, también las daba él diciendo: -¡Yo soy Guzmán de Alfarache! ¡Su sombra soy, que voy por el mundo!¹³

puesto que bien podría estarse indicando la condición de portavoz del profeta, aquel que habla en nombre de Dios y no, como suele creerse, el que ve el futuro, o, simplemente, la dimensión de sujeto «llamado» por la divinidad. Pero lo cierto es que, de seguirse estas correspondencias, el *contrafactum* profético llega al extremo de posicionar al pícaro en la muy opinable cumbre de la divinidad.

Pues si profeta es aquel por medio del cual Dios se comunica con los hombres, no puede soslayarse que lo que Sayavedra refiere como propio del Supremo no es otra cosa que una versión delirante de la vida de Guzmán:

iba repitiendo mi vida, lo que della yo le había contado, componiendo de allí mil romerías. En oyendo a el otro prometerse a Montserrate, allá me llevaba. No dejó estación o boda que comigo no anduvo. Guisábame de mil maneras y lo más galano –aunque con lástima de verlo de aquella manera-, de lo que más yo gustaba era que todo lo decía de sí mismo, como si realmente lo hubiese pasado¹⁴

En consonancia con estas variables sustantivas que se suelen rastrear para explicar las condiciones esenciales de todo profeta, no debería ignorarse que desde la gramática de las acciones míticas reelaboradas por la secuencia Sayavedra es, también, quien sucumbe en alta mar como Jonás aunque, si el profeta menor fue lanzado como víctima exculpatoria por el resto de los navegantes a Tarsis para aplacar la furia meteorológica que imputan a la divinidad, Sayavedra, en cambio, desaparece del texto desde la penosa condición de suicida enajenado:

Últimamente, como de la tormenta pasada quedamos tan cansados, la noche siguiente nos acostamos temprano, a cobrar la deuda vieja del sueño perdido. Todos estábamos tales y con tanto descuido, la galera por la popa tan destrozada, que levantándose Sayavedra con aquella locura, se arrojó a la mar por la timonera, sin poderlo más cobrar. Que cuando el marinero de guardia sintió el golpe, dijo a voces: 'Hombre a la mar'. Luego recordamos y hallándolo menos, le

12. Segunda Parte, II, 9, p. 307.

13. Segunda Parte, II, 9, p. 307.

14. Segunda Parte, II, 9, p. 308.

quisimos remediar; mas no fue posible, y así se quedó el pobre sepultado no con pequeña lástima de todos, que harto hacían en consolarme¹⁵

Punto a partir del cual el lector no puede menos que meditar sobre las razones, en apariencia contradictorias, de remedar el cañamazo sintagmático de un mitema, para, en gesto contrario, vaciar de significado los significantes habilitados previamente y en función de los cuales se había orientado la percepción del público. Sin descartar, tampoco, que la identificación de Guzmán con Jonás bien podría hermanarse con este trazo envenenado pues la gesta genovesa del pícaro señala que él estaba más próximo de las falsas deidades y sus profetas que Dios quería erradicar con la prédica de Jonás en Nínive que, para el caso, del rebelde mensajero que busca desoír el mandato de la palabra y conversión de los gentiles.

Así se testimonia el prestigio de Guzmán en las vísperas de su partida de Milán hacia Génova –«Oíanse mis consejos como respuestas de un oráculo, sin haber quien a mis preceptos contradijese ni a mis órdenes replicase»¹⁶– y otro tanto ocurre con el espacio simbólico que con sus mentiras sabe granjearse en el seno de sus deudos genoveses: «Yo era el ídolo allí de mis parientes»¹⁷.

Datos éstos que inciden, claramente, en el reconocimiento de que lo único que aproxima a Guzmán con Jonás es el hecho de que huya por mar y, quizás, que su destino sea España. Aunque, si hemos de aceptar que Guzmán huye de Génova como Jonás, ¿deberíamos igualar la ira de don Beltrán y sus deudos con aquella que manifiesta Dios ante la desobediencia del profeta? ¿Un Dios sólo guiado por las apariencias, un ser Supremo que se ve hipostasiado en un patriarca doméstico de un clan comercial? ¿Un Dios demasiado taimado y más que humano cuya providencia se actualiza en crueldades, engaños, trampas y fraudes que el pícaro le impide disfrutar?

V

Vale indicar, sin embargo, que, con todo, bien sería posible proponer una interpretación que integre todo aquello que en la cifra marina de la tempestad se nos ha sugerido a partir del sugestivo emplazamiento en la secuencia del precedente bíblico señalado pues las supuestas irreverencias religiosas podrían leerse todas ellas como signo de la limitación humana para figurar la divinidad. Los hombres, como Guzmán y Sayavedra lo han demostrado en la secuencia, bien pueden fingirse otros, pueden alegar no ser quienes son, pueden pretender tener vidas distintas de las que, día a día, edificaron y nombres diversos de los que en realidad les cupo en suerte, Dios, por el contrario, no. Instancia desde donde se diría, sin el riesgo de proferir tales asertos, la crítica a la religiosidad al uso de su tiempo en que, con mirada antropológica, se reescribe en la cotidianidad la figura y esencia de Dios y, lo que sería aún más problemático, el correcto y justo vínculo del hombre con Él, relación que, a diario, parecería poder ser sometida al juicio y valoración de la comunidad.

15. Segunda Parte, II, 9, p. 308.

16. Segunda Parte, II, 7, p. 270.

17. Segunda Parte, II, 7, p. 279.

Por ello no parece desacertado volver sobre dos claves voluntariamente pospuestas en mi lectura. En primer término la emoción que Guzmán con aparente doble filo transmite cuando todos se conducen por el suicidio: «Sinifiqué sentirlo, mas sabe Dios la verdad»¹⁸.

Una y otra vez, quizás por la voluntad crítica de demostrar el carácter vengativo del protagonista «sinifiqué» termina siendo leído como «fingí», y de ello se sigue la imposura y el rencor. «Sinifiqué», empero, no reclama una visión tan unidimensional ya que en el contexto memorioso del galeote escritor adquiere múltiples implicancias. Puesto que si bien es cierto que el acto de significar remite, tácitamente, a un otro contextual para el que se asume la tarea semiológica de transmitir un significado –en nuestro caso el dolor, la desdicha, la amargura en alta mar– no es menos evidente que la oración elegida jerarquiza los destinatarios de la comunicación sin que ello implique, claramente, un juicio sobre el emisor.

Y ello cuenta porque supondría, a las claras, una recuperación de la dimensión humanista de la novela. Todo ser humano –como le ocurre a esos viajeros de alta mar, al mismo protagonista, o, inclusive, al mismo lector– puede anegarse en los varios efectos comunicativos del otro y de sí mismo, Dios, en cambio, es el que sabe. Y no es ocioso insistir en que esta limitación del potencial intelectual de los hombres respecto de sus congéneres y en beneficio de Dios no es la primera vez que entra en escena en un contexto polémico habida cuenta de que cuando Guzmán refiere el relato de la conversión del padre éste se clausura¹⁹ con la intervención narrativa del hijo al precisarse «¿Qué sabe nadie de la manera que toca Dios a cada uno y si, conforme dice una *Auténtica*, tenía ya reintegradas las costumbres?»²⁰.

VI

Lleguemos, finalmente, a nuestra segunda clave, los gritos enajenados de Sayavedra: «¡Yo soy la sombra de Guzmán de Alfarache! ¡Su sombra soy, que voy por el mundo!».

Sayavedra no habla sólo de sí sino también, y muy particularmente, de Guzmán en tanto sujeto opaco, cuya interioridad se yergue en misterio; Un hombre que, como todos los humanos, ante la luz produce sombras y cuya vida, indefectiblemente, debería ordenarse bajo el signo poético del asombro pues ésa sería, en síntesis, una variable sustantiva de la propia humanidad, más precisamente del ser para los demás.

Y ello explica, en gran medida, por qué la memoria de estos gritos de Sayavedra causan, a la vez, risa y temor. Ser la sombra de alguien es una situación de la cual nadie podría vanagloriarse pues tal énfasis ilumina no sólo la situación de dependencia de un otro, sino también su condición contingente. Sólo sería tal existiendo luz que ilumine al otro.

18. Segunda Parte, II, 9, p. 308.

19. Adviértase, en este orden de ideas, cómo se produce la variación testimonial en el pasaje que va del padre anatomizado por la opinión pública al hijo en el patíbulo lector. Mientras que el padre ofrecía –y no le habrían creído, según testimonia Guzmán– una *Auténtica*, la conversión del hijo carece, para la gran mayoría de los críticos, de una prueba externa y legitimada por las voces de los otros. Con lo único que cuenta Guzmán es con la propia biografía.

20. Primera Parte, I, 1, p. 133.

Afirmación que, dicho sea de paso, se vuelve aún más irrisoria puesto que se escenifica la locura de quien se enorgullece de ser una sombra allí donde, precisamente, no hay luz pues la tempestad acaece en noche oscura. Y esta visión sombría sólo puede entenderse, en definitiva, como resultado de la intervención del demonio dado que Alma y Sombra, según los estudios de los folkloristas, serían dos realidades mutuamente interdependientes y ello justificaría que, desde una óptica supersticiosa, la carencia de la primera se lea en el desvanecimiento lógicamente imposible de la segunda.

Y si Guzmán, cual Jonás que se siente sumido en el *sheol* cuando la ballena lo aprisiona, percibe el desgarro de su vida en la escisión demente de persona y sombra que Sayavedra articula, bien se entiende su confesión de que «le temí muchas veces»²¹ dado que estar vivo, parecería decir esta antropología ficcional, es, en definitiva, portar sombras.

VII

Por ello mismo, y en aras de una sistematización de lo expuesto, no nos parece arriesgado insistir en que el carácter de cifra que la secuencia de la tempestad adquiere para la problemática de la conversión en el *Guzmán de Alfarache* depende, en gran medida, de un muy delicado, y a la vez magistral, hilván subjetivo.

En efecto, la coyuntura situacional de la tempestad, habilita un contrapunto efectivo en que las inclemencias externas espejan –en una secuencia con protagonistas duplicados al infinito– las infigurables circunstancias internas y anímicas del protagonista. La tempestad dice la furia violenta de las inclemencias naturales contra la misma naturaleza, algo que, en clave humana, podría interpretarse como codificación alegórica de la misma libertad de cada cual de tomar alternativas vitales que, como bien lo predicaba el movimiento humanista, acrisolaban, en caso extremo, la autonomía y libertad del sujeto de ir, inclusive, contra él mismo, contra su misma naturaleza²².

En este punto, también, preciso es recordar que el mito de Jonás ilustra, también, el caso de un protagonista heroico contra la propia voluntad. Jonás es, en síntesis, el converso a pesar de él mismo. Es quien rechaza el cambio aunque, posteriormente, lo termine aceptado como posible y es quien demuestra, en sus múltiples vaivenes vinculares con la divinidad, que su conversión no está exenta del reconocimiento último de quien se era, puesto que el primerizo olvido de la misión de salvar a los que viven en pecado en Nínive se anida, posteriormente, en el fastidio por el perdón divino a los arrepentidos. Jonás, desde este ángulo, es un tipo profético bien particular puesto que su religación con la divinidad –en este sentido una conversión por la desobediencia previa– no implica una clausura o abjuración plena de quien se era.

El mito de Jonás, entonces, quiebra, en cierta medida, el modelo prestigiado de la conversión paulina, reclamando, para quien pueda oírlo, una alternativa otra de re inserción a un colectivo. Sea éste el de los que tienen creencias diversas, sea, según nuestro protagonista lo demuestra, el de los que habrían perdido el rumbo de la recta vida.

21. Segunda Parte, II, 9, p. 307.

22. El suicidio de Sayavedra iluminaría, como caso extremo, el triunfo de la libertad que los humanistas habían defendido en su defensa de las variables subjetivas del hombre moderno.

Y ello, a nuestro entender, es una de las claves más llamativas para comprender la dimensión cohesiva de esta cifra marina con el desenlace todo de la novela puesto que desplaza el problema del correcto vínculo de cada cual con Dios de la palestra pública de las pruebas y testimonios comprobables al confín libre de la intimidad de cada cual.

Guzmán –no podemos ignorar este hecho– ya nos ha dicho cuán difícil de creer resultó –desde el exterior público– la conversión del padre, incluso cuando los documentos oficiales así lo enfatizaban, y ello no tendría otra razón de ser –en el hermanamiento prodigioso de comienzo y fin de la propia historia– con un posicionamiento claro, en todo caso, contra la vanidad del derecho a la sospecha y la arrogancia a predicar, de continuo, la insinceridad del otro.

Tesitura esta que, para concluir, nos permite recuperar en el texto alemaniano un muy velado, pero no por ello menos potente, caso de resistencia a la sujeción minoritaria a la dominante, al anhelo perverso de sujetar al otro en continua ordalía de testificación.

Para Alemán serían inviables las conversiones que aniquilen al sujeto, que quiebren su pasado y que anulen el reconocimiento de quien se fue. Puesto que si lo que cuenta es la elección virtuosa de hoy el único modo de ser un sujeto responsable es el camino de la propia aceptación sin culpas y con libertad.

Una libertad concordada con los valores de cada cual en su prudente e íntima relación con la divinidad, una autonomía que no pende, maníacamente, de lo social sino, muy modernamente, del tranquilo y medurado ejercicio de la autonomía crítica.

Y si bien no se nos escapa que tal apuesta podía ser vista por el autor como un *impossibilia* en el contexto social que le cupo vivir –pues esa libertad que irónicamente se anuncia como viable para el reo jamás llega a materializarse en la ficción– no deja de ser un consuelo menor el reconocimiento de que la lucha por tales anhelos podría leerse, quizás tan sombríamente como en el final del *Guzmán*, en las causales nunca aclaradas del utópico autoexilio en México de Mateo Alemán.

Bibliografía

- ALEMÁN, M. (1987): *Guzmán de Alfarache*. Edición de José María Micó, Madrid: Cátedra.
- CAVILLAC, M. (1988): «La question du “Père” Dans le Roman Picaresque», en Augustin Redondo (ed.): *Les parentés fictives en Espagne (XVIè – XVIIè Siècles)*. Paris: Publications de la Sorbonne, pp. 195-205.
- (1993): «Les trois conversions de Guzmán de Alfarache (Regard sur la critique récente)», *Bulletin Hispanique*, 1, pp.149-201.
- (2005): «El Guzmán de Alfarache y la Segunda Parte antuerpiense del Lazarillo (Amberes, 1555)», en Pedro M. Piñero Ramírez (editor): *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, pp. 523-534.
- NORVAL, M. N. (1974): «Original Sin and the “Conversion” in the *Guzmán de Alfarache*», *Bulletin of Hispanic Studies*, 51, pp. 346-364.